

# La gira estelar de Obama

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 12.04.09

El presidente Obama es un político con poca querencia por los absolutos. "No soy un idealista", dijo en el curso de su reciente visita a Estambul. Ve de las cosas un lado, pero también el contrario. Lo cual no quiere decir que renuncie a tener ideas propias y sepa cuándo y cómo las quiere. Su oratoria política tiene gancho, seduce. A veces demasiado. En el sentido de que da la impresión de una intencionalidad rectilínea, cuando en realidad se ajusta a los movimientos ondulantes del pragmatismo.

Su gira por Europa, en los primeros días del mes en curso, ha estado muy marcada por esta manera de expresarse, que lo es a la vez de comportamiento en el presidente estadounidense. Según cómo ha sido un éxito. Ha aportado un evidente cambio de estilo. Sin prepotencia. Y los dirigentes europeos no han querido quedar fuera de la fotografía con él. El curso del viaje había sido bien preparado para producir un efecto positivo. Para dar la impresión de que algo sustancial ha cambiado en la Casa Blanca, en las relaciones de Estados Unidos con sus aliados europeos, respecto al mundo en general. ¿Todo va a ser distinto desde ahora y el presidente norteamericano ha venido al viejo continente para darle la buena nueva?

Dejando de lado aquí la reunión del G-20, celebrada en Londres, la gira presidencial ha tenido el aspecto de la celebración de un reencuentro. El de Estados Unidos con sus aliados europeos con ocasión del sexagésimo aniversario de la creación de la OTAN, y con estos constituidos entre

ellos como Unión Europea. Reencuentro formalizado en dos momentos y dos escenarios de gran evocación simbólica y un apéndice - Estambul- que no ha satisfecho a todos. Primero, el ceremonial del aniversario de la Alianza Atlántica en Estrasburgo, Kehl y Baden-Baden, en la zona que une y hermana a la Alsacia francesa y el Baden-Württemberg alemán, la frontera del Rin que tantos y tan dolorosos pleitos históricos evoca y que hoy configura una de las imágenes más reales y fructíferas de la paz y la confraternidad de la comunidad europea. Luego el baño de masas de Obama en la explanada del castillo de Praga, otro lugar dotado de una sobrecarga de memoria histórica propia del otro corazón de la vieja Europa, la central y del este.

Obama era esperado en Europa como a un presidente proeuropeo, excepción hecha de los manifestantes altermundistas. Y él no ha defraudado. Más bien parece que ha sido al revés. Los gestos, la escenografía han sido de excelente acogida, el contenido un poco menos. Cabe decir que ha habido un clima favorable, de gente con voluntad de entenderse, de buena amistad, incluso. Pero sin llegar a la efusión. El entusiasmo lo puso en todo caso la gente común, eso que llamamos pueblo. Sobre todo en la capital checa.

Y es que el presidente estadounidense venía a Europa con el telón de fondo de dos guerras, la de Iraq y la de Afganistán. Las que fueron de Bush y ahora son de Obama. Aunque el presidente asume más como suya la segunda que la primera. Y el primer mandatario norteamericano venía a Europa con una factura para presentarla a sus aliados europeos, la petición de sustanciales contribuciones para resolver el conflicto afgano mediante el envío de más tropas, la aportación de más dinero. Requerimiento al que los europeos han respondido con promesas

ciertamente modestas. Como si los planes norteamericanos para Afganistán, consistentes en buscar paralelamente la victoria militar y el saneamiento institucional y civil del desgraciado país asiático fueran vistos con evidente escepticismo, un terreno pantanoso en el cual es mejor dejar a Estados Unidos que lleve el mayor peso. En vano Obama les dijo a sus aliados que Europa puede estar más amenazada que Estados Unidos por el terrorismo de Al Qaeda.

En el transcurso de su itinerario europeo, Obama no se ha limitado como dijo a escuchar. Ha aprovechado la ocasión para aludir a un panel de cuestiones internacionales que exigen atención. Su idea es la necesidad de consenso, no de que Estados Unidos lleve unívocamente la iniciativa y las cargas. Fue a Estambul con un mensaje poco grato en Berlín y París: el de que "Turquía está unida a Europa (entiéndase la UE) por algo más que los puentes del Bósforo". Y que, miembro de la OTAN, es imprescindible como enlace con el islam con el que Estados Unidos "no ha estado nunca en guerra ni estará".

¿Algo más? Sí. Sobre Iraq, país del que quiere que el ejército estadounidense se retire "responsablemente". Alusiones a acercamientos con Rusia, buena disposición respecto al cambio climático, expectativa sobre Irán. Y, en Praga, la tan inesperada como problemática propuesta de ir hacia la eliminación total de las armas nucleares.

Barak Obama deja una estela de su rápida gira europea. ¿Fugaz? Ha abierto muchas puertas, ha halagado en ocasiones a auditorios como el Parlamento turco o la multitud que fue a aclamarle en Praga. Ha hablado con todos como amigo pero sin callar sobre asuntos que podían resultar francamente molestos para sus interlocutores. Se ha comportado como

un aliado que por serlo puede conciliar la empatía con el hablar claro. Todo con su manera de hacer seductora y sin estrías. No ha dicho nada que no tenga que ser tenido en cuenta. Ahora han de venir los hechos. De quien traía el mensaje. De quien lo recibía. Esta difícil ecuación.